

Documentos

LA CAPACIDAD REPARADORA DE LA UNIVERSIDAD Y DE LOS UNIVERSITARIOS

Gonzalo Rojas Sánchez
Profesor de Historia del Derecho

La formación del hombre en un mundo en crisis exige una particular atención por parte de los profesores universitarios. Cualquiera que fuese el modelo de Universidad por el que se opte, se reconoce en ella una virtualidad creadora —en nuestra época, reparadora de un mundo en crisis— de la que parecen carecer casi todas las restantes instituciones humanas (Sólo la familia puede contribuir —en la base de la formación del hombre— de manera más eficaz a la renovación del mundo, así como la Iglesia, en el plano de la vida sobrenatural, entrega a las personas los medios indispensables para el cambio definitivo del sentido de la vida).

Con frecuencia el mundo, la sociedad, reclaman de la Universidad reflexiones y soluciones que los hombres de la calle no saben o no deben buscar. Más o menos según diversas circunstancias, pero en una medida importante al fin, toda sociedad confía en la Universidad. Y por eso mismo, su propósito fundamental no es transformar la Universidad, sino, más bien, dejarse transformar por ella. Una sociedad sensata “deja hacer” a su Universidad. Por el contrario, cuando la sociedad cree “entender de Universidad”, la manipula y la degrada —y en esa actitud manifiesta un síntoma más de su crisis— y en su aparente uso, la consume. Quema, así, su mejor reserva.

Contaminada con la crisis, la Universidad pierde buena parte de su capacidad creadora, reparadora. La crisis puede hacerse, así, irreversible. Revertida la Universidad, irreversible la crisis. Casi igualmente graves resultan ser las subversiones que hacen de la Universidad una corporación ideológicamente comprometida, como las manipulaciones que la transforman en servicio público o empresarial. Me valgo de un experimentado profesor para explicarlo mejor. Ha dicho Alvaro D’Ors, eximio romanista, que “el servicio de la Universidad a la sociedad está precisamente en esta posible reserva . . .”; que “no puede la sociedad mejorar si no cuenta con personas que no se hallen inmersas en ella, que sean capaces de salir de su mediocridad”¹. Hay que dejar tranquila a la Universidad para que ella, desde sus fuerzas más íntimas, devuelva el rumbo a la sociedad.

Quienes critican el carácter elitista de esta visión obedecen a esa reversión de la función universitaria a la que nos hemos referido. Una sociedad que procura, seriamente, salir de la crisis no padece complejo alguno para catalogar a ciertos hombres como los mejores para conducir —desde fuera de la crisis y en relación con ella al mismo tiempo— la renovación del mundo. Que la Universidad deba estar algo distante de la sociedad, nada tiene que ver con que corte sus relaciones con el mundo; que en esa reserva se cultiven algunos de sus mejores hombres, es algo totalmente distinto de un aislacio-

¹ ALVARO D’ORS, *Universidad y Sociedad*, en “Nuevos papeles del Oficio universitario”, 34, Rialp, Madrid, 1981.

nismo egoísta. Tal vez Antonio Millán Puelles ha expresado como nadie esta relación fecunda: "Es conveniente a la sociedad que haya entre sus miembros quien conserve el depósito de los valores especulativos necesarios para la misma definición del bien común práctico y para la defensa de los principios en que ella se apoya. Y de tal conveniencia surge, en su caso, la obligación para el intelectual que cultiva esos valores, de proclamarlos y defenderlos en beneficio de la sociedad entera y aun cuando hubiese de hacer frente a toda ella o al poder del tirano"².

Cuando la Universidad puede vivir a cierta distancia de la sociedad, se ha fundado correctamente la más fecunda obligación del compromiso universitario con el mundo, ya que, gracias a esta distancia entre Universidad y sociedad, se hace posible la actividad esencial y propia de la Universidad: la relación del universitario con la verdad; se puede realizar el más fecundo de los trabajos humanos: develar y desarrollar la verdad, porque "la Universidad es el sitio donde se forma la inteligencia para su ejercicio más riguroso, según una forma de concebir al hombre"³.

Además, en esa tarea la Universidad se hace profundamente humana y se capacita para humanizar. Los mejores hombres van haciendo el mejor de los trabajos y con ello se preparan para humanizar a los demás, a la sociedad toda. Pueden hacerlo, porque un verdadero universitario "es esencialmente un hombre cuya vida intelectual es parte de su vida moral; en otras palabras... es un hombre que ha decidido, de una vez por todas, aplicar las exigencias de su conciencia moral a su vida intelectual". Ha comprendido que "la más meritoria de todas las buenas acciones es la buena acción del intelecto"⁴.

Por eso, sin esta actividad, la vida de la sociedad carecería de futuro; su vitalidad desaparecería; la crisis podría hacerse definitiva.

Afortunadamente, la sociedad conoce y valora la capacidad humanizadora de la Universidad, por lo que año tras año pone en manos de los universitarios lo mejor de las jóvenes promociones. A esa primera relación de los universitarios con la verdad —relación esencial y sin la cual, insisto, no hay Universidad— debe agregarse una segunda relación: los universitarios reciben el mejor capital social, sus nuevos alumnos, a quienes deben procurar humanizar a través de la trasmisión virtuosa de la verdad. Se debe establecer el contacto fecundo entre hombres virtuosos, acostumbrados a trabajar en la búsqueda de la verdad, y los jóvenes más capacitados para comenzar a conocerla y vivir de ella, aunque quizás no intuyan aún su grandeza. Unos y otros deben fundirse en el proceso de humanización más sólido que pueda darse en el plano temporal, sólo superado por la paternidad.

Es en esta segunda relación, la de los universitarios con los alumnos en torno a la verdad y por la fuerza de la virtud, donde se juega decisivamente la capacidad de la Universidad para reparar un mundo en crisis. Supuesta la relación anterior del profesor con la verdad, la Universidad está en condiciones de entregar a la sociedad un aporte decisivo para superar la crisis, ya que esa contribución consiste en la formación permanente de generaciones sucesivas de hombres jóvenes que, por cinco o más años, han dejado el torrente de la

² ANTONIO MILLÁN PUELLES, *La función social de los saberes liberales*, 127, Rialp, Madrid, 1961.

³ JUAN DE DIOS VIAL CORREA, *La vocación de la Universidad*, en "Realidad", N° 3, 14.

⁴ ETIENNE GILSON, *El amor a la sabiduría*, 11 y 51, Ayse, Caracas, 1974.

sociedad para incorporarse al remanso académico, y después volver al mismo flujo social con una carga de humanidad imprescindible para corregir las desviaciones del curso social, una vez inmersos en él.

No parece corresponder hacernos cargo del análisis del estado de la relación básica universitario-verdad, sino más bien, dándola por objeto de permanente estudio por parte de las propias universidades y de sus autoridades, centrarse en la proposición de fórmulas que permitan renovar o perfeccionar la segunda relación, la del universitario con sus jóvenes alumnos en la transmisión virtuosa de la verdad, en cuanto proceso de humanización. En la calidad de esas formas concretas se decide parte importante de la capacidad reparadora de la Universidad contemporánea. Por eso es en este aspecto en el que el presente ensayo pretende centrarse. En concreto, son dos los planos en los que quisiera sugerir algunos métodos para alcanzar una relación más fecunda entre universitarios y alumnos.

I. EN LA RELACIÓN ACADÉMICA O DOCENTE

La primera de esas sugerencias puede hacerse para mejorar las relaciones estrictamente docentes entre universitarios y alumnos, es decir, aquellas relaciones que se dan al interior de la Universidad y en conexión con los programas de enseñanza normales y generales. Me temo que se encuentra desgraciadamente extendida la identificación entre lo que se entiende por relación docente y lo que es, en la práctica, la relación en clases profesor-alumno, especialmente en las Facultades que forman profesionales. Es decir, para muchos profesores y alumnos la relación mutua, en la práctica, se reduce a la comunicación y recepción de conocimientos en clase, lo cual —a veces— es incluso justificado como conveniente o ideal. En ese predicamento, la capacidad humanizadora del universitario ha sido reducida a una simple función de intermediación con las fuentes del conocimiento. No se forman las inteligencias para la comprensión profunda de la verdad, y su posterior desarrollo; se pierden posibilidades únicas de enseñanza de virtudes fundamentales para el alumno. Ha dicho Etienne Gilson que “no cabe ninguna duda de que los profesores tienen que enseñar resultados; pero en la medida en que uno asciende en la escala de la enseñanza universitaria, más se convence de que, si bien estamos aquí para enseñar y aprender resultados, estamos aquí con mayor razón para enseñar y aprender cómo lograrlos. Un lugar donde unas personas se reunieran todos los días durante un cierto número de meses con la simple intención de absorber conocimientos no sería ni una verdadera universidad ni un lugar de enseñanza superior”⁶.

No corresponde detenerse aquí en los requisitos o metodología necesarios para una buena clase, pero sí cabe afirmar que incluso cumplidos hasta el extremo, una buena clase es sólo una parte reducida de la relación docente, de la relación ideal de humanización al interior de la Universidad.

¿Cómo romper esta dañina reducción de la docencia a la clase?

Se ofrecen a continuación dos aspectos relacionados de una posible solución:

a) Convendría readecuar la distribución del tiempo que está implicado en la relación universitario-alumno. En muchos casos, las horas que están des-

⁶ GILSON, *El amor*, 12-13.

tinadas a las clases regulares (a las reuniones de cualquier tipo en que todos los alumnos de una disciplina están con un profesor para tratar un tema del programa del curso, sea cual sea la metodología usada) alcanzan al 90% o más del tiempo finalmente destinado a la relación docente. En estos casos sólo cambia la forma de la relación —y se ejercitan, por lo tanto, otros aspectos de la misma— cuando llegan los momentos de conocer el grado de recepción de los conocimientos: controles, pruebas y exámenes, que suelen ocupar el porcentaje restante del tiempo total de la relación. El carácter generalmente colectivo, escrito, de estos controles poco contribuye a modificar la escasa importancia cualitativa que ya tienen, por la reducida proporción que implican en el tiempo total de la relación docente.

Parece muy conveniente, por lo tanto, la reducción en el total de ese tiempo del porcentaje que es ocupado por las horas de clase, sin que varíe quizás su número absoluto, para dar paso a una amplia variedad de formas de contacto, personales o colectivas, pero distintas al fin de las clases regulares.

Como es obvio, esto implica necesariamente una mayor dedicación en horas del universitario a sus alumnos. Por eso el enriquecimiento de la actual relación docente mediante nuevas fórmulas de humanización implica ciertamente un cambio de mentalidad y de actitud en muchos profesores. Sólo en ese cambio pueden insertarse con éxito las fórmulas concretas que a continuación se proponen;

b) Habría que elaborar y practicar estas nuevas formas de contacto con los alumnos, muy variadas según las disciplinas y sus metodologías propias, pero comunes en su capacidad humanizadora y en su mayor exigencia para profesores y alumnos. Es quizás poco lo que se puede inventar en esta materia. Lo más eficaz puede consistir en resucitar las viejas fórmulas, hoy poco socorridas.

Algunos ejemplos de lo que en este sentido se ha venido haciendo en los últimos años en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile pueden ilustrar la cuestión.

1. Controles orales de textos. Buena parte de las lecturas obligatorias para los cursos básicos de primer año son controladas oralmente, pactándose las interrogaciones con cada alumno por separado. De esta manera, al escoger el joven fecha y orden para sus controles ejercita su libertad en la distribución de su tiempo y compromete así su responsabilidad. Por otra parte, el profesor, gracias a media docena de estas evaluaciones particulares al año, gana en conocimiento personal del alumno. Son oportunidades para captar la asimilación de unos conocimientos, para corregir modos de expresión y nerviosismos, para comentar con cada uno las pequeñas incidencias de la marcha del curso. Con una buena distribución de tiempo pueden controlarse así en un curso de ochenta alumnos hasta seis libros al año, en interrogaciones breves de 10 a 15 minutos por texto.

2. Incipientes trabajos de investigación. Se procura iniciar a los alumnos en técnicas elementales de investigación, para lo cual se les ofrecen diversos temas en los distintos ramos. Los profesores atienden personalmente a los alumnos, quienes individualmente o en parejas inician su labor; les enseñan los recursos bibliográficos básicos, la metodología más simple de recopilación y análisis de la información, las formas más sencillas de redacción; controlan en varias oportunidades el avance del trabajo, comentando finalmente con los responsables de cada tema su informe definitivo. Se van desarrollando así con-

tactos en los que virtudes importantísimas pueden ser practicadas por profesor y alumno: orden, cuidado de los detalles, constancia, capacidad de enmendar errores, etc.

3. Seminarios breves. Diversos profesores de primer año ofrecen seminarios breves (unas cuatro a seis sesiones) sobre temas relacionados con su asignatura no incluidos en el programa o profundizados. La inscripción es absolutamente voluntaria y las sesiones se desarrollan semanalmente durante los meses de abril y agosto. Se recomienda a los alumnos inscribirse en alguno de los seminarios y participar hasta en dos de ellos. Cada sesión implica la lectura del material previamente entregado; unas pocas páginas, bien seleccionadas, bastan. Durante las sesiones el director del seminario introduce el tema, guía la conversación y concluye la reunión con los comentarios necesarios para la comprensión del próximo texto. En el desarrollo de cada sesión corrige las formas de expresión, sujeta las intervenciones al texto y, en fin, regula los ímpetus de los más participativos y estimula a los más tímidos. Así van desarrollándose las capacidades de reflexión, de oratoria, de respeto por las opiniones ajenas. Terminados los seminarios de primer nivel, los alumnos pueden inscribirse en los años sucesivos en sesiones de metodología más desarrollada, en las que ellos mismos aportan materiales y llevan, por turnos, el peso de las exposiciones.

4. Atención generalizada de alumnos. Todo lo anterior se complementa con los períodos de atención de alumnos, ocasiones en las que con frecuencia plantean sus problemas personales, familiares, económicos, etc. Para esto bastan unas tres horas a la semana, previamente determinadas. El profesor debe exigir respeto para el resto de su tiempo en el cual no atiende consultas. No parece conveniente insistir en la formalización de las tutorías, sino más bien en la pura y simple existencia de un tiempo determinado para esta ocupación, sin que necesariamente medie un compromiso previo con los alumnos. Podríamos llamarlo una "política de puertas abiertas", durante unas pocas horas a la semana.

5. Formación de futuros ayudantes. Todo el trabajo anterior da como fruto natural un grupo reducido de alumnos más cercanos al profesor e interesados en la parcela de conocimientos que ese universitario cultiva. En ellos, quizás en un comienzo más al amparo de un hombre virtuoso que por el atractivo de la ciencia, se ha ido despertando una vocación universitaria que cabe al profesor ayudar a desarrollar. Es un proceso complejo y algo misterioso, pero que requiere algunas constantes: se entrega la bibliografía adecuada al nivel de cada alumno, se mantienen conversaciones sobre esas lecturas y, eventualmente, se le asignan pequeñas responsabilidades en el curso que se dicta o en otras actividades de investigación o docencia, hasta que el alumno está en condiciones de hacer sus primeras clases o ayudantías. Incluso, poco a poco, va perfilándose el tema de la Memoria o Tesis de grado, probablemente relacionado con los intereses más actuales del profesor. Entonces, la relación docente va consolidándose como verdadero proceso de formación, de humanización, entre un maestro —que ciertamente también aprende— y un discípulo. Dice Gilson: "Cuando haya terminado nuestro trabajo con ellos, llevémoslos directamente a aquel que es nuestro propio maestro. Enseñémosles, a partir de entonces, a aprender con él y bajo él, no con nosotros y bajo nosotros (...). Nuestra nueva tarea consiste en enseñarles a aprender de alguien más grande

que nosotros . . .”⁶. De esta manera, además, la Universidad asegura su continuidad y renovación: tan fecunda debe ser la relación docente que engendre un nuevo universitario, un joven alumno que decide no volver al flujo social, para permanecer más bien en la reserva universitaria y proseguir a su vez con las futuras generaciones la tarea humanizadora.

Como ya se insinuaba más arriba, todos estos procedimientos —o cualesquiera otros que se practicasen en esta línea— implican una mayor dedicación de los profesores universitarios a la relación docente ideal. El orden y el método se hacen imprescindibles para afrontarlos, teniendo presente que los alumnos, atraídos por esta actitud del profesor, acudirán a él en un número y con una frecuencia crecientes. Para el universitario, el peligro se puede presentar, entonces, en un descuido de la investigación y del estudio, por lo que debe encontrar la justa ecuación en la administración de su tiempo, para mantener intacta, en la base, su relación creativa con la verdad y perfeccionar desde ellas su relación docente con los alumnos.

La necesidad de la dedicación exclusiva —en cabeza y tiempo— a la Universidad se hace cada día más evidente.

II. EN LA RELACIÓN EXTRAACADÉMICA

El segundo de los proyectos sugeridos en la presente ponencia excede el marco estricto de la Universidad materialmente considerada, para basarse, fundamentalmente, en la labor que los universitarios pueden realizar fuera de las estructuras o procedimientos de su corporación. Tal como en el caso anterior, muchos profesores identifican erróneamente su actividad formativa con la labor estrictamente académica, como si al dejar los edificios universitarios guardasen hasta el día siguiente todas sus capacidades y conocimientos. Por el contrario, el verdadero profesor lleva “lo universitario”, por ser universal, siempre a cuestas, y en cualquier circunstancia vive la única tarea que le es propia: formar, humanizar. Si es capaz de hacerlo en todos los ambientes y ante cualquier público, con mayor razón podrá ser eficaz en su contacto con otras instituciones educativas y con jóvenes que, sin ser estrictamente sus alumnos, participen también de afanes formativos de nivel superior.

Me refiero, en concreto, al decisivo papel que pueden jugar en el ejercicio de la capacidad reparadora de los universitarios —también en Chile—, instituciones como las Residencias Universitarias y los Centros Culturales, habitados o frecuentados por alumnos de diversas procedencias geográficas y múltiples disciplinas del saber. Por una parte, la materialidad de la vida en común entre alumnos y jóvenes profesores que dirigen el Centro o colaboran con él, hace posible un contacto diario altamente formativo. Por otra, esa misma vida compartida por alumnos de diversas carreras abre para los jóvenes perspectivas de universalización de los conocimientos que, desgraciadamente, no encuentran en algunas Facultades universitarias. “Una Residencia universitaria —ha dicho Juan de Dios Vial L.—, puede ser justamente el lugar donde se cumplan (esas) cosas que en la Universidad se echan de menos. Un lugar donde se pongan en acción esos recursos sencillos y profundos a los que la enseñanza media ha vuelto la espalda y sin los cuales no es posible una formación intelectual superior, como son, por ejemplo, la lectura y meditación profunda de las obras

clásicas, la experiencia de la belleza en el arte, el diálogo entre amigos en un ambiente sano, edificante y generoso. Pero, sobre todo, un lugar que haga posible con plena conciencia, con libertad interior, con juicio sereno y objetivo, la elección de una vida”⁷.

En estos ambientes, tradicionalmente ligados a la vida universitaria por siglos, los profesores pueden encontrar nuevas posibilidades para desarrollar sus insustituibles labores; pueden darse condiciones muy favorables para la formación de nivel superior, para la humanización más alta.

Si a la Residencia se suma un Centro Cultural anexo, al que acuden con frecuencia casi diaria alumnos universitarios que no viven en ella, se puede contar con un ambiente ideal para que la Universidad —a través de sus profesores— complete su tarea formativa. Lo universitario, lo universal, lo verdadero, puede irse constituyendo en una categoría fundamental en la vida de muchos jóvenes.

Una idea bien concebida, un grupo de personas que esté dispuesto a patrocinarla y realizarla y unas instalaciones dignas hacen posible un proyecto de Residencia Universitaria, de Centro Cultural, para alumnos universitarios, o ambas cosas juntas.

En su desarrollo, algunos criterios parecen fundamentales. Debe existir una autoridad seria y responsable al frente de la institución; es deseable que entre los residentes, como sucede en la mejor tradición europea y norteamericana, se cuenten jóvenes profesores que permanecen en la Residencia por períodos breves —un par de años— para dar el tono formativo necesario. El resto de los residentes debe cumplir requisitos de responsabilidad e interés que les permita aprovechar al máximo las posibilidades de estudio y formación que les ofrece la Residencia.

También es muy importante la presencia frecuente de los maestros más destacados, que pueden acudir a las instalaciones de la Residencia o Centro Cultural a diversos tipos de encuentros con sus colegas y con alumnos.

No se trata de duplicar en estas instituciones la tarea propiamente académica de las Universidades, sino de complementarla con los recursos adecuados a sus propias características: conferencias, conciertos, mesas redondas interdisciplinarias, charlas audiovisuales, comidas de convivencia seguidas de coloquios informales, seminarios breves, escuelas y trabajos de verano, cursos intensivos de carácter general, etc.

En síntesis, las Residencias Universitarias y los Centros Culturales pueden constituirse en nuevas posibilidades humanizadoras para quienes habitualmente se dedican a las tareas de formación superior en marcos más particulares y, a veces, desgraciadamente algo estrechos.

Por ahora la experiencia en esta materia es escasa en Chile, por lo que parece conveniente reseñar, a modo de ejemplo, algunas de las actividades que se han desarrollado desde su fundación en 1982 en la Residencia Universitaria y Centro Cultural Alborada, institución patrocinada por la Fundación de Educación Los Olmos.

a) La Residencia puede albergar hasta sesenta y cinco estudiantes de Santiago y de las diversas regiones del país y el extranjero. Cuenta con las instalaciones de salas de estudio y de reuniones adecuadas y con un Centro Cul-

⁷ JUAN DE DIOS VIAL LARRAÍN, *La Universidad: esencia y fines*, en “Cuadernos de Alborada”, 7, Santiago, 1983.

tural anexo al que acuden frecuentemente estudiantes y profesionales de la ciudad. La vida en la Residencia, guiada por un horario mínimo, permite el conocimiento mutuo entre los casi treinta alumnos de diversas universidades de Santiago —procedentes de toda la geografía nacional— y la decena de jóvenes profesores universitarios y profesionales que hoy viven en Alborada. En concreto, la sola posibilidad de compartir diariamente la sobremesa hace posible el tratamiento informal, familiar, de los más variados temas: arte, política, deporte, sociedad, tecnología, las regiones, historia, economía y la misma Universidad se convierten, para todos los residentes, en objeto habitual de sus reflexiones e inquietudes. En un clima cristiano de libertad y respeto mutuo se van moldeando las diversas personalidades y opiniones. Un ambiente exigente de estudio y aprovechamiento del tiempo hace posible el máximo desarrollo de las capacidades de cada residente. Poco a poco se aprende a considerar el estudio como trabajo y como camino de encuentro con Dios;

b) En torno a inquietudes más definidas, tanto los residentes como quienes acuden a la zona del Centro Cultural de Alborada forman clubes, generalmente asesorados por un profesor universitario. Sus reuniones, semanales o quincenales permiten aprender y desarrollar hábitos de trabajo en grupo, realizar actividades de divulgación de su disciplina para los restantes estudiantes y, sobre todo, estar al día en sus especialidades o aficiones;

c) Con frecuencia semanal se realizan después de comida, en la Sala de estar de la Residencia, coloquios con profesores o profesionales especialmente invitados. Grupos formados por unas pocas decenas de estudiantes tienen, así, la oportunidad de conocer muy de cerca a los docentes, a quienes pueden interrogar con naturalidad. Los profesores, en un fluido diálogo, suelen abordar desde los aspectos más personales de su trayectoria académica hasta los últimos avances en su especialidad. Para muchos docentes, estos encuentros constituyen una oportunidad anhelada de compartir sus experiencias con gente más joven a la cual, con frecuencia, sólo tratan en clase;

d) Se desarrollan seminarios y cursos breves, siempre a cargo de profesores universitarios. Con anticipación se entregan los materiales adecuados y la bibliografía específica necesaria para que los asistentes, provenientes de las más variadas Facultades, puedan seguir la marcha del seminario con un nivel parejo de aprovechamiento. En muchas ocasiones, estas actividades tienen lugar los sábados a media tarde, lo que permite realizar sesiones más extensas y recuperar, así, horas tradicionalmente perdidas para la actividad formativa. Con frecuencia, los profesores que han dirigido uno de estos seminarios siguen realizando, después de su término, una labor de consejo y dirección académica de los más interesados, para lo cual los atienden en sus Facultades. Así, se despiertan más inquietudes formativas y se hacen posibles contactos docentes antes insospechados para alumnos y profesores;

e) A través de conferencias, mesas redondas, conciertos y exposiciones, los alumnos acceden a las más altas manifestaciones de la actividad universitaria. Destacados especialistas acuden a Alborada para exponer en su Salón de Actos los conocimientos y habilidades que los han llevado a un primer plano nacional o internacional. En estas oportunidades, los alumnos pueden compartir la ocasión de formarse con sus familias y el público en general, a quienes se encuentran abiertas estas actividades;

f) En las Escuelas y Trabajos de temporada, grupos pequeños de alumnos, particularmente interesados, dedican parte de su tiempo de descanso a

una formación más intensa, en contacto con la naturaleza y los problemas de los sectores cultural, social y económicamente más necesitados. Las visitas breves de algunos profesores a estas actividades permiten mantener en ellas un nivel formativo alto, centrado en el espíritu de servicio, y en el que se armonizan perfectamente la formación espiritual y moral con los trabajos más materiales de apoyo a la comunidad.

Como ya se ha dicho más arriba, la planificación, financiamiento y realización de actividades de esta naturaleza demanda una dedicación importante a un grupo numeroso de profesores universitarios y profesionales. Gracias a esa labor, otros docentes comprenden con facilidad la importancia de sumarse a estas tareas en sus "horas libres", y se sienten rápidamente atraídos por ellas. Los primeros contactos dan de sí otras relaciones y el espectro de profesores interesados en colaborar aumenta progresivamente. Precisamente, desde ese punto de partida, algunos de esos mismos docentes, uniéndose entre ellos o junto a grupos de profesionales interesados en la actividad formativa, podrán formar en el futuro nuevas Residencias Universitarias o poner en marcha Centros Culturales que cumplan el papel descrito.

En los dos planos que se ha mencionado, tanto en las relaciones estrictamente académicas como en los contactos extraacadémicos, pueden la Universidad y los universitarios encontrar nuevas formas de humanizar que aseguren la eficacia de su capacidad reparadora de un mundo en crisis.